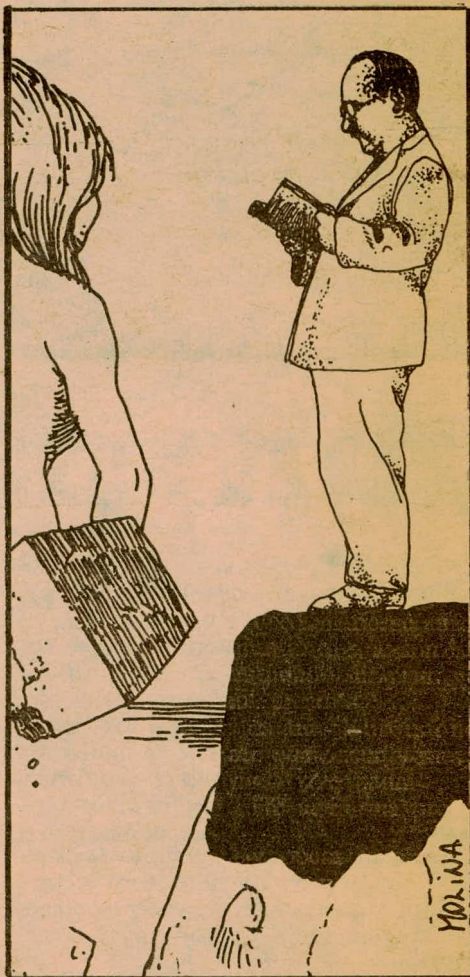


## En torno a Martín Adán (II)

# Una pequeña felicidad



al borde del abismo. Tiene que pagar.

De un lado, anhelo recóndito de hogar, profesión, afincamiento y seguridad; de otro, impulso hacia fuera, al encuentro del mundo y sus perdiciones. Es el desarraigado, lejos de lo suyo, arrancado sin saber cómo. Su vida se torna en rebasamiento de convenciones, salto a lo sorprendente, desequilibrio, descenso, búsqueda de sus precipicios, donde se desgarran. Por eso avanza dando tumbos, sabiendo de la imposibilidad del encuentro. Nada puede el hombre contra lo implacable. Tiene que asumir su destino, en su soledad de poeta.

Se esfuma el horizonte helénico, límpido y delimitado, en que cada silueta adquiere sus fronteras exactas. En Martín Adán, los entes muestran una faz y, de pronto, surgen con figura opuesta. Y no por el fluir dialéctico de las oposiciones. Es más bien, arrebatado o desgarramiento. Las imágenes quedan rotas, estropeadas. La perspectiva se manifiesta y el conjunto se remece y resquebraja. Todo aparece en desorden, requiere renacer de otra manera. Los valores se enlazan o contraponen. Se quiebran los códigos, ante una realidad elogiada y maldecida. Es el hombre asediado. Se derrumba con una ansia de fuga imposible. Sin embargo, el hombre acosado tiene una distancia: su ironía; y un reducto: la poesía.

El lenguaje se desgarran en ritmo desconcertado. La pasión desborda las ideas, se desliza por debajo de los vocablos, deshilvanados y rotos. El decir se condensa, e insinúa horizontes de silencio. Repara en su voz que lo aísla, que debe ser quebrada para irrumpir detrás de ella, para hablar cuando los vocablos yacen desgastados e inútiles, y él los recrea en su verso.

¿Qué queda de su anhelo adolescente de una pequeña felicidad? Vida derrumbada hacia su muerte, cayéndose de continuo. Lejos de sí mismo, de esos despojos irreales, sonambulescos, en que se pierde. Vida hermética, con su secreto obstinado, no ostante su locuacidad y su ironía. Detrás de los desgarramientos, permanece su rebelión, el vértigo del existir, la furia que arrastra sin saber cómo, la palabra inmensa y violenta frente a la piedra, piedra misma, piedra sobre piedra. Asevera Holderlin: "Porque tales hombres se encuentran en circunstancias violentas, su lenguaje se expresa como furia".

Sin embargo, es necesario interrogar si su estilo quebrado, a veces ininteligible, puede ser comprendido recurriendo únicamente a su existencia atormentada. Se pueden recorrer todos los laberintos de la vida de Rafael, sin que por eso su poesía se transparente en su núcleo.

La palabra del gran poeta rebasa su subjetividad, procede de un ámbito histórico y suprahistórico. Es indispensable preguntar: ¿qué quiere decir con su palabra? Y este decir puede hallarse más allá de lo que sabe el poeta, o saben sus contemporáneos, porque emerge de una zona oscura de misterio y de silencio,

asequible en su hondura sólo a generaciones posteriores. Es el caso de Rafael. Solitario en vida. Aclamado en muerte.

Y tú eres un hombre feliz, quizá el único hombre feliz. Tienes camisa y no tienes grandes pensamientos de ninguna clase.

Yo no soy un gran hombre --yo soy un hombre cualquiera que ensaya las grandes felicidades.

Yo quiero ser feliz de una manera pequeña. Con dulzura, con esperanza, con insatisfacción, con limitación, con tiempo, con perfección.

No estoy muy convencido de mi humanidad; no quiero ser como los otros. No quiero ser feliz con permiso de la policía.

Nací en una ciudad, y no sé ver el campo. Me he ahorrado el pecado de desear que fuera mío. En cambio deseo el cielo. Casi soy un hombre virtuoso, casi un místico.

Pero yo no sé sinceramente qué es el mundo ni qué son los hombres. Sólo sé que debo ser justo y honrado y amar a mi prójimo.

Y amo a los mil hombres que hay en mí, que nacen y mueren a cada instante y no vive nada.

He aquí mis prójimos.

Ser poeta es oír las sumas voces, el cuerpo herido por un haz de goces, mientras la mano a escribir no osa.

-----  
¡Poesía, tú no vas:  
tú vienes de originarme,  
y en tu término palpita  
la eternidad de no hallarte!

-----  
--¡La dicha, no te me niegues,  
no te escondan ni aplaces!  
¡Yo siempre seré el que espera,  
dispuesto a desesperarse!

-----  
--¡Yo no sé sino que vivo  
porque me maté muy tarde!  
¡Yo no sé sino que muerdo  
de tanto temer matarme!

-----  
--¡Ay, que no puedo morirme,  
que me soy de hueso y carne,  
y un alma que no me suelte,  
y un beso que habrá de dárseme!

-----  
--La que nace, es la rosa inesperada;  
La que muere, es la rosa consentida;  
Sólo al no parecer pasa la vida,  
Porque el viento letal es la mirada.

-----  
--Cuánta segura rosa no es en nada!...  
¡Si no es sino la rosa presentida;  
¡Si Dios sopla a la rosa y a la vida  
Por el ojo del ciego...rosa amada!...

-----  
--Triste y tierna, la rosa verdadera  
Es el triste y el tierno sin figura,  
Ninguna imagen a la luz primera.

-----  
--Deseándola deshójase el deseo...  
Y quien la viere olvida, y ella dura...  
¡Ay, que es así la Rosa, y no la veo!...

Martín Adán

cubre. De ahí que el lenguaje se desarticule. Es la sinrazón aparente del poeta, la antipalabra, la antilógica. Sin embargo, el silencio se vierte detrás, con otros signos y otra lógica. Tiene que ser así. Debe ser así.

Se sabe de su bohemia, de su hermetismo, de su ironía y de su exilio. Un exiliado requiere otro lenguaje. Viene de lugares extraños. ¿Se conoce acaso su paisaje interior?

En su juventud anhela una pequeña felicidad. Su ruta ha de ser otra. La felicidad pretende lo eterno, y él tiene que huir de los escombros. Su vida se torna en rebasamiento de convenciones, salto a lo sorprendente, desequilibrio, descenso. Debe permanecer en su secreto, sin que pueda clamar su alma, resolver los signos, escapar, dejando sus despojos o sus enigmas.

Un gran poeta, como Holderlin, maltratado en su época, siente la nostalgia del terruño, él, alma errante; inhábil en el mundo, su existencia es fracaso continuo en el orbe ajeno de los otros. No es diferente el destino de Rafael.

Asevera que ha debido ser magistrado, de acuerdo a su condición social. Añoranza e ironía. Advierte su fracaso en el campo convencional en el que habitan los otros. Una nostalgia se desliza detrás de su sonrisa, por aquello que ha perdido para siempre. Mas, él lo sabe bien, no ha podido ser de otro modo. Su destino es más fuerte que él. Es su postración, y su orgullo de ser quien es, poeta

A veces el gran hombre termina confundido en el mundo todo. La mediocridad obstinada lo cerca y lo hace dudar. Algunos pensadores han dejado la pluma, algunos pintores han arrojado sus cuadros, algunos poetas se han hundido en la sombra, la locura o el alcohol. La suficiencia de los ineptos es implacable.

A ninguna flexión del pensamiento le es viable ingresar en la fuente de la obra poética, desenvuelta en una dimensión translógica. El pensador debe detenerse en su pórtico, consciente de su no saber. No obstante la tarea imposible, es necesario transitar el camino inverosímil, estando dispuesto a retornar con las manos vacías. Quizás esta actitud de apertura permita ser obsequiado en la ruta, al entreverse algún resplandor, una gracia, un encantamiento en las fronteras del silencio.

Rafael sabe que existe una verdad más honda que la certeza del científico, con sus instrumentos, que certifican cosas exactas, mas que permanece en el exterior de los entes. El divisa la verdad desde sí mismo, como un loco o un vidente, embriagado, que llega a la morada de estupor, como el hombre de Platón en la alegoría de la caverna. "Errará el de la lupa; no el del estupor. La poesía nunca yerra." La poesía acerca a la verdad, es retorno a la creencia. No obstante, al otro lado, vivencia metafísica de la nada, piedra deshabitada.

Sin embargo, se acude con las tablas de la ley, o de la sintaxis, a comprobar infracciones en la poesía de Martín Adán, a juzgar con esquemas abandonados de manera expresa por el poeta. Empero, es delito no ajustarse a las normas canónicas establecidas por los mandarines. De ahí su juicio: gitano de la palabra, juego intrascendente. Y Rafael, con su ironía habitual, se encarga de ratificar la sentencia de sus jueces.

En una ocasión, mi hermana Rosa le alaba sus poemas de *Travesía de Extraños*. Rafael se extraña: "¿Cómo te puede gustar, Rosita, lo que ni yo mismo comprendo?" Ironía y verdad.

Porque el misterio de su poesía no es él quien lo crea de modo expreso; más bien, procede de sus fuentes sumergidas, ante las cuales él mismo se asombra y desconoce.

Más real que la realidad parece ser el sueño, para ciertos artistas: surrealismo. Es indispensable retornar a estos hontanares, como Dalí. De ahí las dificultades múltiples en la obra. En Picasso las líneas se quiebran, figuras horadadas, como si el orbe de las imágenes fuese insuficiente. En Schonberg los sonidos disuenan, se esfuman los pentagramas, el fluir convencional sonoro. Se torna preciso mayores abstracciones, otras escalas y recintos. Concluyen las ternuras y condolencias. El pensador busca extraviado, sin término, como Heidegger, por el sendero del bosque. Apenas es dable seguir por su lenguaje o su ruta.

El verbo de Martín Adán ingresa en un recinto que desconcierta y fascina. Las palabras avanzan en un sentido y, súbitamente, se detienen, giran, retornan, al delinear una corriente interior imprevisible. A veces parece ser la búsqueda de un giro brillante, nuevo estilo retórico. Sin embargo, la frase esconde su signo, porque no es pensada desde el efecto, sino como cobertura. Detrás de la incoherencia formal, se desliza el causal poético, comandado por una inteligencia que vigila, recorta, rehace y se en-